



Sentido de la Procesión Magna del Santo Entierro

Sanlúcar de Barrameda, Jueves 14 de abril de 2011

Con motivo de cerrar los actos de preparación al Santo Entierro “Magno” que tendrá lugar (D. M.) el próximo Sábado Santo, día 23, se me ha pedido unas palabras sobre el sentido de dicho encuentro procesional. Tres razones destacaré como razón de ser de dicho evento.

1.- Alimento espiritual

Durante la Semana Santa, la Iglesia sigue las huellas de su Maestro y actualiza con Él los misterios de su Pasión, Muerte y Resurrección. En Jerusalén transcurrieron los acontecimientos cruciales de nuestra fe. Es allí donde Jesús vive su Pascua, nuestra Pascua y la Pascua de la humanidad. Por eso la ciudad santa nos evoca tanto el pasado histórico como el futuro escatológico.

A esta evocación nos ayudan nuestras Hermandades y Cofradías, a cuya vista y fuerza emotiva podemos releer las páginas de la Pasión e introducirnos en los hechos que se sucedieron como si estos mismos se repitieran efectivamente ante nosotros. Paso a paso, escena por escena, seguimos el camino que Jesús recorrió durante los últimos días de su vida mortal, pero aquí en Sanlúcar. Nuestras calles se convierten, durante los días de la Semana Mayor, en Getsemaní, en el Pretorio, la Vía Dolorosa, el Gólgota y el Santo Sepulcro, testigo de la resurrección.

Pero todo ello sin olvidar que -como nos recordaba el Concilio Vaticano II- todo parte de la Eucaristía y todo confluye en ella:

“La Liturgia –sobre todo el sacrificio eucarístico- es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza...”
(SC 1).

La Eucaristía es la fuente de la que brota no sólo la gracia, sino también el impulso para llevar esta fe a la calle y evangelizar mediante la belleza de estos **“retablos evangélicos”** que constituyen nuestros pasos y escenas de la Pasión, pero sobre todo por el testimonio de autenticidad que aporte, además de la seriedad y el respeto del desfile procesional, la vida diaria de fraternidad entre los hermanos y su proyección social en el barrio o en la Parroquia.

Al mismo tiempo, la experiencia de la fe, fruto de la Palabra y la convivencia dentro de las Hermandades y comunidades respectivas, conduce a sentirnos llamados e invitados a la Mesa del Señor, que es quien nos llama, nos regenera con su gracia, nos alimenta con su presencia y nos envía como testigos en su nombre.

Por eso, todo lo que hoy nos convoca, debe ser contemplado con el fin de facilitar una buena celebración de la liturgia de la Iglesia, que es la que hace posible actualizar y revivir verdaderamente en la fe el Misterio Pascual de Jesucristo. Es en la Liturgia donde realmente se actualizan los misterios de Cristo en su **“cuerpo, sangre, alma y divinidad”**, aunque también la imaginación o el sentimiento, tengan su cometido, pero, sobre todo, por la fe. El Concilio lo expresó diciendo:

“Cuantas veces se renueva sobre el altar el sacrificio de la cruz, en que nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado (1 Cor 5,7), se efectúa la obra de nuestra redención. Al propio tiempo, en el sacramento del pan eucarístico se representa y se produce la unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo (cf. 1Cor., 10,17). Todos

los hombres son llamados a esta unión con Cristo, luz del mundo, de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos” “... de quien dimana como de Fuente y Cabeza toda la gracia y la vida del mismo Pueblo de Dios”. (cf LG 50 y 3)

Por tanto, todos aquellos que quieren definir la Semana Santa como un capítulo más de antropología cultural lo único que hacen es desvirtuar y reducir todo su significado, considerando por este hecho, que su futuro está a expensas de meras modas culturales del momento, o bien sujeta sólo a intereses de otro tipo, que también confluyen en este acontecimiento. Esto es algo que se ha intentado muchas veces, que se sigue intentando... pero que siempre ha fracasado.

La fuerza de la Semana Santa está, más que nada, en la experiencia de fe que suscita. Por consiguiente, hablar de ella con autenticidad supone el reconocimiento de la fuente espiritual, ética y humana que surge de la Pasión, Muerte y Resurrección de Ntro. Señor Jesucristo, que es en definitiva el hecho que desencadenó la fe cristiana, y que sigue aconteciendo por la fuerza del Espíritu allí donde los hombres obran impulsados por la gracia: **“donde dos o más están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”**, dijo el Señor (cf Mt 18, 20)

Por lo tanto, la fuerza de atracción que ejerce la Semana Santa no está simplemente en la materialidad de la obra cultural, en el gozo estético que provoca, sino en la dimensión espiritual o devocional; en el hecho de que la mirada del Cristo, la expresión de **“mi Jesús Nazareno”** o de **“mi Virgen de...”** mueve la fibra íntima del corazón, allí donde los sentimientos han arraigado al calor del amor recibido en el entorno familiar; de ahí que tengan también gran capacidad de evocación como “memoria” de los antepasados, de la tierra donde se ha vivido... Y por lo mismo, en los momentos de dificultad, como es la enfermedad, la muerte o el sufrimiento surgen como la mediación que abre una ventana a la esperanza y aportan una certeza de eternidad. Y esto es, esencialmente, lo que nos concierne a nosotros como Iglesia, como Parroquia, como Hermandad y Cofradía y lo que tenemos que custodiar, engrandecer y transmitir.

Luego, podemos decir entonces, que la dimensión religiosa que está en la base de la Semana Santa representa la garantía de que el Señor me acompaña, de que nunca me dejará solo, a tenor de sus palabras: **“He aquí que estoy con vosotros todos los días...”** (cf Mt 28, 20); experiencia que estos días desemboca en lo que ocurre, precisamente después del Santo Entierro: el sepulcro vacío y las palabras del ángel: **“no está aquí, ha resucitado”** (cf Mt 28, 6).

2.- Un camino de vida

La ciudad de Sanlúcar de Barrameda tiene ya una larga tradición en esta forma de vivir los misterios del drama de la Pasión, drama definitivo, no sólo para una generación, sino para toda la humanidad y para cada persona. Pues bien, con motivo del 550 aniversario de la fundación de la **“Muy Antigua e Ilustre Hermandad y Cofradía de Nazarenos de las Cinco Llagas, Santo Entierro de Nuestro Señor Jesucristo y Soledad de María Santísima”**, la Iglesia que camina en esta ciudad, quiere unirse a la conmemoración de esa efeméride a través de sus Hermandades; y, más concretamente, llevando a cabo un desfile procesional de todas las Hermandades de penitencia sanluqueñas, intentando de esta forma robustecer las raíces de ese árbol del humanismo cristiano para que pueda seguir dando frutos de humanidad y de cristianismo.

Por tanto, esa Magna procesión del Santo Entierro no va a ser –no debe ser– un folclore más, sino una ayuda para introducirnos en la Pasión de Nuestro Señor e identificarnos con los distintos personajes, ya que en todos ellos podemos descubrir alguna página del libro de nuestra biografía. Contemplar la Pasión de Cristo es una gran oportunidad para detenernos un poco, para pensar en serio. Para preguntarse en qué se está gastando nuestra vida. Para darle un rumbo nuevo al trabajo y a la vida de cada día

El Santo Entierro, con su referente a Jesús, el Inocente que **“murió por los culpables para llevarnos a Dios”** (1 Pe 3,18), quiere ayudarnos a descubrir qué pecados hay en nuestra vida; para abrirle el corazón al Señor, que sigue esperando y buscar su perdón generoso, que como a Pedro nos mira con ojos de misericordia y con los brazos abiertos nos invita a acudir a Él, que desde la cruz oró gritando: **“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”** (Lc 23, 34). Al mismo tiempo, el Santo Entierro es también un mensaje de trascendencia y de justicia de Dios, que denuncia la hipocresía de nuestra sociedad que como en tiempos de Jesús quiere justificar la muerte de los inocentes en el seno de su madre o justificar guerras caritativas que sólo tienen como causa puros intereses económicos.

Y, naturalmente es una palabra de **“fraternidad”** para abrirles el corazón a los hermanos, especialmente a los más necesitados. En este sentido, San Pablo nos amonesta diciéndonos:

“Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo” (Gál 6,2)... **“si morimos con Él, viviremos con Él”** (cf 2 Tim 2, 11)

3.- Una puerta a la Resurrección

Finalmente, quiero resaltar que el Santo Entierro tiene su razón de ser en motivarnos a mirar al Resucitado. De hecho, durante los primeros siglos, los cristianos celebraban una sola fiesta: la gran **“Vigilia Pascual”**. Más tarde, se fueron desplegando las diferentes fases –o momentos- del misterio pascual extendiéndose a lo largo de los tres días como en un tríptico que, juntos, forman un todo. Cada cuadro es en sí completo, pero debe ser visto en relación con los otros dos. Si este año resaltamos una página del tríptico, no por ello las demás quedan anuladas u oscurecidas; más bien, al contrario.

El **Triduo Santo** se presenta no como un tiempo de preparación, sino como una sola cosa con la Pascua. Es un Triduo de la Pasión-Muerte-Resurrección, que abarca la totalidad del Misterio Pascual. Por tanto, nuestro Santo Entierro no es sólo algo previo, sino que nos introduce de lleno en el Misterio Pascual en su fase completa. De hecho, los anuncios que hace Jesús de su muerte se abren también a la vida nueva (cf Lc 9, 44; Mt 26,2). En las tres solemnes predicciones de la Pasión que nos refieren los Sinópticos, el itinerario de la vida de Jesús se cierra con la resurrección (Mt 16,21; 17,22; 20,17 y par.). El evangelio del miércoles de la segunda semana de Cuaresma lo explicita en su conjunto:

"Lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen, y al tercer día resucitará". (Cf Mt 20,17-28)

Para san Juan, dicho Misterio es la consumación de la bajada del Verbo a la carne, y contempla la muerte-resurrección de Cristo como dos momentos o etapas de un único acontecimiento, que se condicionan y se interpretan mutuamente. Si solamente tuviéramos el signo de la muerte, el amor se revelaría como don, pero no como **“vida eterna”**; la muerte de Cristo sería un testimonio de su **“justicia”**, pero no una victoria sobre la muerte. En cambio, si Cristo hubiera manifestado sólo su poder mesiánico, el amor de Dios no se habría manifestado en nuestra condición, necesitada sobre todo de misericordia. De esta forma, la muerte y la resurrección son la epifanía del misterio de Dios en la condición humana.

Así, pues, esos tres días, que comienzan con la Misa vespertina del Jueves Santo y concluyen con la oración de vísperas del Domingo de Pascua, forman una unidad, y como tal deben ser considerados. Dicha unidad del **Misterio Pascual** tiene algo importante que enseñarnos. Nos dice que el dolor no solamente es seguido por el gozo, sino que ya lo contiene en sí. Jesús expresó esto de diferentes maneras. Por ejemplo, en la Última Cena dijo a sus apóstoles: **“Estaréis tristes... pero vuestra tristeza se convertirá en alegría”** (Jn 16,20). Parece como si el sufrimiento fuese uno de los ingredientes imprescindibles para forjar la alegría. La metáfora de la mujer con dolores de parto lo expresa maravillosamente. Su dolor, efectivamente, engendra gozo, la alegría **“de que al mundo le ha nacido un hombre”** (cf Jn 16, 21)

Nuestras vidas están entrelazadas de gozo y de dolor. Huir del dolor y las penas a toda costa y buscar gozo y placer por sí mismos son actitudes equivocadas. El camino verdadero es el camino iluminado por las enseñanzas y ejemplos de Jesús. Es el camino de la cruz, que es también el de la resurrección; es olvido de sí, es perderse por Cristo, es vida que brota de la muerte. El Misterio Pascual que celebramos en los días del sagrado Triduo es la pauta y el programa que debemos seguir en nuestras vidas: morir a nuestro yo para engendrar la vida del nosotros en la familia, en la ayuda a los más necesitados, en la búsqueda de la verdad y de la justicia...

Que la Virgen María, testigo de todo este Misterio nos ayude a vivir y conservar esta experiencia, **“meditándola en el corazón”** (cf Lc 2, 51)

Muchas gracias.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez